

El día de mi marcha dije ¡adios! á José el leñador, el que me dijo al separarse de mí:

—No sé las señas de Jacobo Merrey; pero como pertenece á la Asamblea nacional, si le dirigís vuestras cartas á la Convencion llegarán á sus manos.

Fué el último favor que me dispensó aquel hombre bueno y excelente.

## VII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al día siguiente de salir de Charelet llegamos á Burges: nuestro viaje se había hecho en un carruaje de mi padre y con un caballo de sus cuadras; un aldeano nos condujo.

La canonesa debía quedarse con el caballo y coche, y volver á enviar al aldeano.

Dormimos, pues, en Chateauroux de resultas de este arreglo.

Estaba muriéndome de deseos de escribirte, mi amado Jacobo; pero sin duda el marqués había hablado de tí con su hermana, porque ni un instante me perdió de vista, haciendo que me acostara en su habitación.

Esperaba estar con más libertad en Burges, y así fué, porque me dieron un aposento con vista al jardín, y solo para mí.

Cuando llegamos, la señorita de Charelet se apresuró á organizar su casa.

Tenia una criada anciana llamada Gertrudis, la cual había estado con ella en el convento; pero al verme llegar declaró formalmente que ella no podría desempeñar aquel aumento de trabajo.

Mi tia hizo buscar una doncella por medio de Gertrudis y de su confesor, quien le envió una de sus hijas de confesion, llamada Julia.

Yo la estudiaba; pero conocia poco el corazon humano; ni aun el de las doncellas.

Al tercer día creía que podia fiarme de ella, y la entregué una carta para tí: me aseguró la había llevado al correo, lo mismo que

otra segunda y tercera; pero como no recibiera ninguna respuesta tuya, empecé á temer que habia confiado demasiado, y que Julia habria entregado mis cartas á mi tia en lugar de ponerlas en el buzón del correo.

Aparte de lo que sufría con nuestra separacion, mi amado Jacobo, y de la incertidumbre en que me encontraba, no de tu amor, porque, á Dios gracias, mi corazon me decia que me amabas lo mismo, sino del tiempo que tendria que estar separada de tí, el mes que estuve en Burges no fué de los más desgraciados.

Mi tia no me amaba, pero tenia consideraciones conmigo: el aldeano se quedó con nosotros, y mi tia le hizo vestir con librea y nos servia de cochero.

Todos los dias, con pretexto de mi salud y del cuidado que tenia por mí y por ella misma, nos paseábamos dos ó tres horas, y despues hasta la hora de la comida tenia yo libertad completa en mi aposento.

Yo lo aprovechaba para estar sola.

Desde que reflexioné en la traicion de Julia la aborrecí, hasta el punto que soy capaz de aborrecer, lo que no es mucho, y para no ver á una criatura que me era insoportable y á la que no queria causar el disgusto de verse despedida, la prohibí entrarse en mi habitacion.

Mi tia era suscritora del *Monitor*. Yo devoraba diariamente el periódico para ver si encontraba tu nombre.

Dos ó tres veces se realizó mi esperanza: primero al verlo entre los de los diputados del Indre, cuando formaron las listas; despues cuando te enviaron cerca de Dumuriez, al que serviste de guía en el Argonne, y por último, cuando presentaste en la Convencion las banderas de Valmy.

Ocho ó diez dias despues del combate de Valmy recibimos una carta del marqués, en la que indicaba que los asuntos políticos no caminaban segun sus deseos y esperanzas, y que nos advertia estuviéramos preparadas para poder al primer aviso ir á reunirnos con él.

Hicimos nuestros preparativos; de modo que solo nos faltaba po-

neros en camino inmediatamente que el marqués nos enviara á llamar.

Le encontraríamos ocupado en el sitio de Maguncia.

En Francia se preocupaban mucho de la emigracion de los hombres, porque todos se expatriaban para volver como combatientes, pero no se fijaban en las mujeres.

Además, las autoridades de Burges eran realistas y nos dieron pasaporte y todos los documentos necesarios para asegurar nuestro viaje.

Nuestro carruaje nos sirvió, y en él, con caballos de posta, emprendimos nuestra marcha.

Llegamos á la frontera, y la salvamos sin dificultad y sin peligro.

Pero un poco más allá de Sarrelouis encontramos algunos emigrados presos, los que eran conducidos á una fortaleza ó ciudadela para fusilarlos.

Llegamos hasta Kaiserlantern.

En aquel punto supimos que Custine habia tomado á Maguncia.

Como jamás corren peligro dos mujeres que van en busca de un padre ó de un hermano, seguimos hasta Oppenheim.

Allí las noticias eran más positivas y más alarmantes.

En uno de los últimos combates que habian tenido lugar en los dias anteriores habian sido hechos prisioneros algunos emigrados, y cuando pronunció mi tia el nombre del marqués de Charelet, la contestó aquel á quien dirigia la palabra que efectivamente creia haber oido aquel nombre.

Los prisioneros habian sido conducidos á Maguncia, y solo en aquel punto se podrian adquirir noticias de si estaban vivos ó muertos.

Seguimos hasta Maguncia.

Al llegar á las puertas nos detuvieron.

Nos fué preciso escribir al general Custine.

Le dijimos la verdad; quiénes éramos y el sagrado objeto que nos conducia á Maguncia.

Un cuarto de hora despues fué á buscarnos un ayudante del general.

¡Ah, mi amado Jacobo! La noticia era terrible. Mi padre habia sido cogido prisionero con las armas en la mano y lo habian juzgado, condenado y fusilado en el término de veinticuatro horas.

No tenia yo razones poderosas para adorar á un padre que me habia abandonado siendo niña, y que despues me habia recogido destrozándome el corazon y separándome de un hombre adorado.

Sin embargo, al saber la terrible catástrofe, lloré sincera y filialmente.

Un incidente imprevisto y completamente inesperado dió tréguas á mi dolor.

El jóven oficial que nos habia dado el general para acompañarnos me pidió permiso para hablar conmigo de un asunto importante.

Interrogué á mi tia con una mirada pidiéndola permiso para acceder al deseo del jóven.

La canonesa creyó que, como el oficial era el que habia mandado el piquete que habia fusilado á mi padre, tendria tal vez que trasmitirme de parte del marqués algunas palabras supremas, su voluntad tal vez.

Autorizada por mi tia, le seguí á su despacho, ínterin ella recogia los documentos necesarios para acreditar la muerte de mi padre.

Pero ¿cuál seria mi asombro, y de quién dirás que me habló el jóven oficial?

De tí, de tí, mi amado Jacobo. Hacia dos dias que habias estado en Maguncia para informarte si entre los papeles encontrados en poder de mi padre habia alguno que encerrase nuestras señas, y no solo supiste que viviamos en Burges, sino que habias leído una carta mia, dirigida á tí, que habia interceptado mi tia, quien se la envió á su hermano.

Esta carta, mi amado Jacobo, me dijo el oficial con cuánto transporte, con qué júbilo la habias leído.

Me dijo tambien habias deseado una copia, pero que te habia autorizado á conservar el original, dejándole á él la copia.

Despues, mi amado Jacobo, besaste la carta y la guardaste en tu pecho como una reliquia sagrada.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué poca cosa era la voz de *sangre*, mi adorado Jacobo! ¡Cuán impotentes son estas palabras pronunciadas por un hombre á quien se creia extraño: *¡Es tu padre!* puesto que enfrente de una tumba, del sepulcro de mi padre, apenas cerrado, tu nombre, mi Jacobo, me hizo olvidar de todo! ¡Porque tú eres mi verdadero padre!

¡Aparte de la materialidad de la vida, te debo lo demás!

Soy tu hija, tu obra, tu creacion, y además, Dios, en su bondad suprema, ha querido que fuera otra cosa; ¡tu amor!

Cuando salí del despacho en donde el excelente jóven me acababa de dar noticias tuyas, estaba avergonzada de mí misma. ¡Derramaba lágrimas, pero eran por tí; sonreia tambien por tí!

¡Oh, cuánta verdad es lo que tú me habias dicho, que el amor es el alma de la creacion, el flúido perpétuo que conserva la vida, y que sus partículas durante nuestra vida forman la eternidad de los séres!

Soñamos con Dios; sentimos el amor; ¿no seria el amor el solo, el único, el verdadero Dios?

Oculté mi alegría bajo mi velo: ¿qué hubiera dicho la severa canonesa si hubiera adivinado que la sonrisa era verdadera y las lágrimas fingidas?

De nuevo renació mi esperanza. Desde que me habian separado de tí, era la primera vez que oia hablar de mi Jacobo: el hilo de mi vida, casi roto, se anudaba más firme que nunca con el amor y la felicidad. ¿Pero tú qué harias, amado mio, corriendo en pos de una decepcion nueva?

Te veia caminando en posta con la esperanza de encontrarme en Burges, impacientándote, dando prisa al postillon y llegando á nuestra sombría calle, enfrente de nuestra triste casa, la que encontrarías cerrada sabiendo nuestra partida.

¡Pero no importa! Me decia ¡cuán egoista era! que esas sacudidas darian nuevo ardor á tu cariño, así como la que yo acababa de tener galvanizaba el mio.

El resto del día fué consagrado á visitar la tumba del marqués: allí volví á derramar lágrimas de sentimiento.

El general nos dió permiso para mandar poner una piedra sobre la tumba con el nombre de aquel á quien cubria.

La señorita de Charelet se obstinaba en poner: *muerto por su rey*; pero el general la indicó que aquella inscripcion daria motivo á que fuera la piedra echa pedazos por los soldados de la república antes que pasaran veinticuatro horas.

En la misma noche salimos de Maguncia para Viena.

Allí queria la canonesa fijar su residencia.

Tenia unos doce mil francos en oro y no se podia contar con otra cosa; era toda nuestra fortuna.

Era evidente que la república heredaria los bienes del marqués de Charelet, emigrado, preso con las armas en la mano y que habia sido fusilado.

Partimos para Viena, pero no en posta, como anteriormente, sino en diligencia, en la que tomamos dos asientos; y tanto rogué, que permitieron á Escipion que subiera con nosotras.

Escipion era el diccionario de mi vida pasada.

Llegamos á Viena y nos apeamos en el sitio más aristocrático de la poblacion: en el Cordero de Oro.

Mi tia indicó en confianza al dueño de la fonda que deseaba tomar en un sitio tranquilo y aislado una casa pequeña.

Tres días despues se presentó una señora y nos condujo en carruaje á la plaza del Emperador José, en donde tenia una casa amueblada.

Esta casa nos convino perfectamente en todos conceptos. La dueña queria cien luises por año. Mi tia, despues de porfiar y dar explicaciones, la consiguió en dos mil francos, con la condicion de renovar si la convenia el contrato de año en año.

A la conclusion de cada año podia rescindir la escritura, pero una vez empezado el año tenia que pagarlo entero.

Nos instalamos en Josephplatz.

En cuanto me encontré en mi casa sin camarera que me espiase, porque mi tia habia creído conveniente suprimir aquel gasto, que

era inútil en circunstancias desgraciadas, inmediatamente te escribí y yo misma puse la carta en el correo.

Ni á la primera ni á tres más que dirigí me contestaste.

Me desesperaba: ¿me habias olvidado? Esto me parecia imposible.

¡Ay! ¡Despues he reflexionado!

Habia una causa importante para que no recibieras mis cartas.

No sabiendo tus señas, ponía las siguientes:

«Al caballero Jacobo Merey, diputado de la Convencion por el departamento del Indre.—*París.*»

Ignoraba la desconfianza del gobierno austriaco; las cartas se abrian y se leian. El encargado de este vil oficio las leia, y despues, no juzgando á propósito enviarlas, las arrojaba á un lado, en lugar de darlas curso. Para un indiferente eran tan poco importantes unas cartas de amor...

¡Y yo hubiera dado por una carta tuya la mitad de mi vida!

Aun suponiendo que mis cartas hubieran llegado á Francia, ¿cómo la policia francesa hubiera entregado á Jacobo Merey, diputado de la Convencion, cartas de Viena?

El apelativo *señor*, completamente abolido en París, trascendia á aristocracia á una legua.

Muy desgraciada fui cuando me hizo esas observaciones un sábio vecino nuestro, cuya esposa jugaba al whist con mi tia casi todas las noches, y á cuya casa concurríamos.

Una cosa que tal vez te hará reir, mi Jacobo, es que aquel sábio gustaba mucho de mi conversacion, porque decia que yo era una sábia.

¡Sábia yo! ¡Ay! Lo que hubiera debido saber era que para que mis cartas llegasen á tu poder era preciso poner en el sobre, no al Sr. de Merey, sino al *ciudadano* Merey.

Quando supe, mi amado Jacobo, la causa de tu silencio, lejos de reprochártelo, te amé más todavía, deseando que tú tambien me amases con más ardor que antes; y puesto que sabia el por qué no contestabas, deducia que me amabas lo mismo; y en ese caso, ¿qué me importaba lo demás? ¿Tu amor no era el todo para mí? ¿No eras tú mi esperanza, mi vida?